

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Fernando Betancourt Martínez

“Michel de Certeau (1925-1986) y la diferencia como lógica procedimental de la historia. Epistemología, sistema operativo y proceso metódico”

p. 51-80

Historia y método en el siglo XX

Pilar Gilardi González y Martín Ríos Saloma
(coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

200 p.

(Teoría e Historia de la Historiografía, 14)

ISBN 978-607-02-9836-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_metodo/691.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Michel de Certeau (1925-1986) y la diferencia como lógica procedimental de la historia

Epistemología, sistema operativo y proceso metódico

FERNANDO BETANCOURT MARTÍNEZ
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Introducción

“Un seminario es un laboratorio común que permite a cada uno de los participantes articular sus prácticas y sus propios conocimientos.”¹ Así inicia una intervención de Michel de Certeau sobre la naturaleza del seminario —*un conversadero*, afirma de entrada—, sólo para incluirse de inmediato en el gesto mismo que refiere a esas prácticas y a esos conocimientos. El término *intervención* alude directamente a una situación donde el locutor se inserta en aquello que motiva una descripción o reflexión. Contrario a la manera en que se han justificado las opiniones o los juicios desde Descartes, el observador no necesita más que buscar observarse a sí mismo en la propia operación de observación.² El gesto de De Certeau recusa aquella prescripción tan cara para la tradición reflexiva moderna y que encuentra en el alejamiento del objeto escrutado la única manera de asegurar objetividad, lo que implica la instauración de un observador flotante nunca coincidente con lo que examina.

¹ Michel de Certeau, “¿Qué es un seminario?”, en Carmen Rico de Sotelo (coord. e intr.), *Relecturas de Michel de Certeau*, México, Universidad Católica de Uruguay/Pontificia Universidad Javeriana/Universidad Iberoamericana, 2006, p. 43.

² “El concepto de observación debe echar mano de todas las disposiciones de teoría circular (construcción operativa de los sistemas, clausura operativa, autopoiesis) para poder entender cómo es posible que una observación pueda producirse a sí misma al producir observación.” Niklas Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas: lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2009, p. 152.

El nivel del observador trascendental garantizaba que las percepciones generadas no dependieran de criterios autorreferenciales, puesto que el orden descrito estaba incapacitado para aportar elementos determinantes: es objeto dispuesto para un ejercicio de desvelamiento. A la par de desentenderse de ese orden como orden construido, el observador tampoco se incluía en la descripción como elemento taxativo y configurante de lo observado. Hasta hace poco esta norma no podía ser materia de revisión crítica puesto que no se había notado que la operación de observación depende de distinciones que sólo tienen sentido para la propia operación. La *heterorreferencialidad* estaba inscrita en toda la gama de cualidades anexadas al sujeto observador y gracias a las cuales podía tomar nota de las realidades circundantes, siempre y cuando sus juicios expresaran la diferencia ontológica habida entre él como sujeto y esas realidades de las cuales se diferenciaba. Pero ya la indicación formulada por De Certeau nos muestra que estamos en otra disposición reflexiva.

Lo decisivo en esa experiencia de los *conversaderos* — finalmente, una “política de la palabra” — no está en circunscribir una *exterioridad* respecto al seminario y gracias a la cual se permita proyectar hacia adentro el juego de las identidades o las homogeneidades, pues la diferenciación es un proceso interno.³ En estos comentarios formulados por De Certeau dos cuestiones centrales se interrelacionan: el papel que desempeña la diferencia y la circularidad que se expresa en su despliegue lógico. Ambos aspectos conforman la base de sustentación para una *epistemología histórica* que, en mi opinión, constituye uno de los esfuerzos sobresalientes de Michel de Certeau. Precisamente, respecto al seminario se destacan dos

³ “La experiencia del *tiempo* comienza en un grupo con la explicitación de su pluralidad. Es necesario reconocerse diferentes (de una diferencia que no puede ser superada por ninguna posición magisterial, por ningún discurso particular, por ningún fervor festivo) para que un seminario se transforme en una *historia* común y parcial (un trabajo sobre y entre diferencias), y para que la palabra se vuelva el instrumento de una *política* (el elemento lingüístico de conflictos, de contratos, de sorpresas, en suma, de procedimientos ‘demo-cráticos’).” Michel de Certeau, “¿Qué es un seminario?”, p. 44. Los tres términos resaltados por De Certeau con cursivas — *tiempo*, *historia*, *política* — aluden a tres series que despliegan diferencias, cada una según una lógica de la reproducción recursiva de sí mismas.

precisiones coincidentes con el papel que ejerce la diferencia y con el carácter autorreferencial del trabajo científico.

Primero, un corte o una serie de cortes (principio de *limitabilidad*) que deben ser explicitados y que articulan los “modelos teóricos” movilizados en ciertas áreas de investigación o del conocimiento. Se trata en este caso de establecer límites prescritos que se desprenden de una particularidad pero que permiten volver tratable aquello que queda en su interior: es un ejercicio de formalización en sentido clásico. A continuación y a partir de esta formalización se busca abrirse a posibles desviaciones, a nuevas experiencias y preguntas que muestren la fragilidad de los límites establecidos (principio de *contingencia* o *deriva*). Se trata en el primer caso de un ejercicio de *extracción*, gesto *etnológico* por excelencia: aislar unas prácticas para delimitar un campo de acometida. De Certeau reconoce con ello la función y la utilidad de la determinación —hacer cortes, establecer distinciones— pues es con esto como se posibilitan las modalidades del trabajo de investigación. Después del aislamiento, segundo caso, se introduce el reconocimiento de la arbitrariedad de esos límites por medio de interrogaciones generadas a partir del campo establecido.

Es en el segundo momento donde se produce una *inversión* respecto a las reglas del campo inaugurado y cuyo objetivo es transgredir esos límites con nuevos problemas, generando de esta manera variaciones significativas para ser tratadas posteriormente. La diferencia se encuentra al inicio (definir cortes, establecer límites) y se busca establecerla también como producto del trabajo científico mismo, pero desde los criterios y las operaciones puestas en marcha originalmente sin necesidad de ir más allá de la naturaleza de las operaciones utilizadas (circularidad).⁴ Esta forma de tratamiento genera un marco a partir del cual plantear las cuestiones de orden metódico o procedimental sin necesidad de acudir a la noción convencional de *método* como secuencia lógica estricta.

⁴ “Los ‘modelos’ teóricos propuestos tienen por función recortar unos límites (la particularidad de mis preguntas) y hacer posibles unas *desviaciones* (la expresión de experiencias y de otras preguntas). Por ahí comienza un trabajo común que crea acontecimientos: una serie de diferenciaciones permite a cada uno especificar, paso a paso, su propio camino en la masa de informaciones intercambiadas.” Michel de Certeau, “¿Qué es un seminario?”, p. 45.

Por otro lado, llama la atención que este enfoque epistemológico está presente incluso en su visión sobre el quiebre de la función que la teología venía cumpliendo en Occidente y sobre el traslado moderno de las problemáticas centrales que constituían su campo de estudio a la esfera de competencia de las “ciencias humanas”.⁵ También dicha condición epistémica está presente en sus estudios sobre la mística. Así, el fenómeno místico como “figura de paso” termina por deshacer los grandes postulados medievales al introducir de manera radical otro lugar de enunciación.⁶ De igual manera, la temática epistemológica es central en las reflexiones que dedicó al saber histórico. En efecto, el orden del saber histórico que lo capacita para instaurar en todo ámbito moderno la ambigüedad del tiempo, por un lado, y la falta radical de lo real en sus formas de saber, por otro, se encuentra instituido como espacio de operación específico.⁷

En cada estudio particular aparece esta cuestión en condiciones limitadas temáticamente, pero que pueden ser consideradas como formas de manifestación de una preocupación general: toda observación introduce una diferencia que depende del propio observador y no de los objetos observados. Precisamente el objetivo del presente estudio consiste en explorar esta propuesta de epistemología histórica con el fin de delimitar el campo reflexivo de la metodología, entendiendo esta última dimensión como forma de aplicación operativa determinante. ¿Cómo reintroducir la diferencia en el área procedimental del saber histórico? ¿Qué consecuencias epistemológicas acarrea la diferenciación como instancia central en las observaciones historiográficas? Éstas son las interrogaciones medulares que han guiado una relectura de la obra de Michel de Certeau.

⁵ Michel de Certeau, “La ruptura instauradora”, en *La debilidad del creer*, trad. de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 191-230.

⁶ Michel de Certeau, *La fábula mística. Siglos XVI y XVII*, trad. de Jorge López Moctezuma, revisión técnica de Roberto Flores y Luce Giard, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

⁷ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. trad. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

La epistemología histórica como constructivismo

La *epistemología histórica* vincula de una manera diferente los procesos cognitivos con consideraciones ontológicas, de tal manera que ahora son las categorías, los conceptos y sus articulaciones teóricas, así como los procesos metódicos aplicados, los que establecen y determinan los objetos estudiados. Al contrario de esa supuesta *espontaneidad* realista que se instala al nivel de la percepción de los objetos del mundo, este enfoque asume que no puede considerarse un solo protocolo de justificación de las creencias y una sola modalidad de sistematización. La historicidad como factor epistemológico muestra la variabilidad en cuanto a las modalidades de descripción, donde el mundo sólo es posible a partir de la operación de observación involucrada y de los criterios movilizados en ella. En tal sentido, la *pasión por la alteridad*, mostrada por De Certeau como problema central que motiva la reflexión, se encuentra en constante relación con la necesidad de reconocer las particularidades desde donde se articulan los discursos.⁸

La situación que abre la modernidad a partir del siglo XVII está dominada por la falta de certezas últimas. Se trata de un mundo cultural donde la carencia de garantías se convierte en su núcleo constitutivo, por lo que la diferencia se instituye como elemento fundante y no como una situación inconveniente que hay que superar. Pero lo anterior exige sacar consecuencias de gran importancia. La pluralidad de lugares desde donde se proyectan los horizontes interpretativos — esa diferencia fundante — alcanza a los propios “hechos religiosos”: para ser inteligibles ahora encuentran su lugar en el seno de los *sistemas* y ya no más en el campo de la dogmática. En otras palabras, sólo puede hablarse de cognición en el ámbito de un proceso sistemático que tiene la cualidad de reproducirse a sí mismo.

El valor que tiene esta apreciación es inequívoca en De Certeau y alcanza dimensión epistemológica en su particular definición del término *sistema*. “Por ‘sistema’ hay que entender no la realidad de

⁸ Cfr. François Dosse, “De Certeau: un historiador de la alteridad”, en Perla Chinchilla (coord.), *Michel de Certeau, un pensador de la diferencia*, México, Universidad Iberoamericana, 2009, p. 13-39.

una infraestructura o un todo aislable, sino el modelo interpretativo constituido y verificado por una práctica científica, es decir, una organización coherente de los procedimientos.”⁹ El campo del conocimiento histórico está constituido por un conjunto de prácticas articuladas y constantemente ejecutadas — “una organización coherente de los procedimientos”, como señaló De Certeau — que redistribuye el conjunto de formalidades establecidas. Definiendo criterios y estableciendo distinciones en cuanto niveles de análisis, el sistema se capacita para tratarlos como elementos pertenecientes a prácticas sociológicas, económicas, políticas, culturales. Las ciencias sociales, incluyendo a la propia historiografía, se muestran como estructuras racionales que combinan procedimientos y cuyos resultados son observaciones siempre determinadas por el conjunto de las decisiones previas.

El rasgo anterior viene a ser lo *científico* propiamente dicho, un conjunto racional operativo que delimita campos de objetos a tratar, establece con precisión las modalidades de esos tratamientos y los tipos de análisis correlativos a ellos, a la par de especificar las reentradas constantes de los resultados en el circuito ya constituido. Estos resultados son “desarrollos” permitidos gracias al “aislamiento de un campo propio”, y dependen en cuanto a su reproducción de la “normalización” de los procedimientos instituidos.¹⁰ Esta descripción de la praxis científica acota, para todas las implicaciones que se siguen de ella, lo que es una perspectiva constructivista. Por lo tanto, los elementos centrales de *operación* y su relación con *lugares* se combinan de manera compleja con las dos nociones previamente aisladas: diferencia y circularidad. Sus combinaciones analíticas están interrelacionadas de forma diversa en el campo de la propia *operación historiográfica*.¹¹ Se deja ver en este *constructivismo*

⁹ De Certeau, “La ruptura instauradora”, p. 199, nota 13.

¹⁰ *Ibidem*, p. 204.

¹¹ Si bien su consideración sobre dicha noción en cuanto al juego constantemente reiterado de combinaciones entre “lugares sociales, prácticas científicas” y escrituras, es conducido bajo su percepción del *cómo* se hace la historia, no deja de tener una base epistemológica en un fuerte sentido constructivista. En la siguiente cita esto se hace notar con toda precisión: “El término *científico*, bastante sospechoso en el conjunto de las ‘ciencias humanas’ (donde se le sustituye por el término de *análisis*), no lo es menos

operativo la importancia que adquiere la dimensión temporal de la propia operación —un conjunto de procedimientos normalizados, enlazados entre sí, que se autorregulan— pues la ordenación que conduce de un procedimiento a otro no puede darse en términos de inmediatez sino de secuencia o sucesión.

La operación en su conjunto se encuentra temporalmente establecida aunque sin duda condicionada al presente de su ejecución. La operación como conjunto se descompone en lo que De Certeau denomina *procedimientos*, que no son otra cosa que operaciones singulares enlazadas con otras. Esto por supuesto requiere tiempo en su realización, pero la diferencia es central en los enlaces entre operaciones. De tal forma que su ejecución supone la ampliación de diferencias siempre y cuando puedan ser tratadas en el interior del sistema con las mismas formas operativas. Esta articulación constante entre diferencia y circularidad son rasgos centrales en la visión constructivista clásica y coincidente en sus aspectos generales con lo apuntado por Heinz von Foerster, uno de los grandes impulsores de la cibernética de segundo orden. En uno de esos pequeños trabajos que tienen la cualidad de sintetizar el cúmulo de apreciaciones teóricas y prácticas realizadas previamente, Von Foerster aísla dos puntos centrales del constructivismo que tienen importancia relevante para plantear, en sus propias palabras, “una nueva epistemología”.

A título de declaraciones, la primera de ellas establece que el constructivismo es en sí mismo ya una epistemología, por lo que resulta trivial preguntarse por la impronta de esta postura en términos de problemática cognitiva. Pero lo que continúa tiene grandes implicaciones en cuanto al problema de la autorreferencia o la circularidad: el constructivismo es una peculiar epistemología que debe dar cuenta de sí misma desde sí misma. Es una *epistemología de la epistemología*.¹² Así, la epistemología es una forma de autorreflexión

en el campo de las ‘ciencias exactas’ en la medida en que este término nos remite a *leyes*. Se puede definir, sin embargo, con este término la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas que permitan ‘controlar’ operaciones* proporcionadas a la producción de objetos determinados”. De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68.

¹² Luhmann introduce la expresión *investigación de la investigación* para dar cuenta de esa forma de circularidad propia de la reflexión epistemológica, tomando precisamente como referencia central a Heinz von Foerster. Esta expresión precisa la modalidad

de las ciencias sobre ellas mismas, al punto que como teoría cognitiva sólo puede *autocontenerse*. En De Certeau los “modelos teóricos” que presuponen cortes o límites, donde lo significativo está en lo que queda dentro del campo delimitado, presentan la cualidad de establecer una referencia sólo a partir de esas líneas divisorias establecidas con anterioridad. Por eso puede decirse que los modelos se aplican a sí mismos y a los objetos que ellos determinan a partir de los criterios movilizados. La segunda declaración de Von Foerster es la siguiente: “cada vez que surge la pregunta de si algo es inventado o descubierto, entonces el constructivista es identificable o será reconocido como aquel que tiende a responder: ‘Esa cosa ha sido inventada’ ”.¹³

Esta segunda afirmación retoma los trabajos de Kronecker y Brouwer sobre los objetos matemáticos. No sólo refiere la aserción a la cualidad por la cual los preceptos previos de orden teórico determinan la referencialidad de los términos involucrados, sino que expresa su complementación con la autorreferencia señalada en la primera declaración. Dicha complementación se produce en la necesaria especificación sobre la autorreflexión: se trata ya de una observación de segundo orden, esto es, una observación que observa observaciones. No cabrían dudas respecto a que las posturas epistemológicas hasta ahora presentadas de Michel de Certeau suponen ya un nivel tal de reflexividad, sostenido insistentemente en su obra.¹⁴ Si la reflexividad

de autoobservación en que consiste la reflexividad del sistema ciencia. Es una forma de reflexión sobre la propia investigación y por tanto una variante de la autopoiesis del sistema. Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, trad. de Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1996, p. 420.

¹³ Heinz von Foerster, “Por una nueva epistemología”, *Metapolítica*, México, v. 2, n. 8, p. 629. Disponible en <http://ecologiahumana.cl/pdf/POR%20UNA%20NUEVA%20EPISTEMOLOGIA.pdf> (fecha de consulta: 19 de diciembre de 2013). Véase también del mismo autor *Observing Systems*, con una introducción de Francisco J. Varela, Seaside (California), Intersystems Publications, 1981.

¹⁴ Michel de Certeau, *La posesión de Loudun*, edición revisada por Luce Giard, trad. de Marcela Cinta, México, Universidad Iberoamericana, 2012. Creo que este libro puede leerse en perspectiva epistemológica. Pero son particularmente notorias las coordenadas constructivistas en los comentarios que hace De Certeau sobre el papel de los médicos en ese famoso caso de posesión diabólica. Véase al respecto el capítulo 9, “Teratología de la verdad”, p. 139-169.

es vista como operación específica del sistema, ese factor está en relación directa con la cualidad de la observación de segundo orden que es también una operación. Se trata del problema de cómo observar al observador y que se encuentra en la base misma de la epistemología constructivista.

La “operación historiográfica” analizada por De Certeau en la *Escritura de la historia* consiste en un ejercicio de racionalización que se enfrenta directamente con ese problema, es decir, ¿cómo observar al observador en un campo operativo particular?¹⁵ En este caso, se trata de aislar las distinciones utilizadas convencionalmente en las observaciones historiográficas que adquieren el nivel de observaciones de primer orden. Si la disciplina histórica es un sistema observador, se ve obligada a incrementar sus posibilidades de variación y control por medio de lo que Alfonso Mendiola ha denominado “giro historiográfico”. Dicho giro expresa en pleno siglo XX una situación más o menos generalizada, por lo que la obra de Michel de Certeau puede incluirse en un escenario mayor caracterizado por el paso a una descripción *autorreferencial* de la ciencia histórica.¹⁶ Se debe tomar en cuenta que esa función autorreflexiva es un componente crucial de la propia investigación que se lleva a cabo, al punto en que no puede desarrollarse investigación alguna sin los elementos que aporta.

Así, “la investigación de la investigación” o el giro historiográfico, para el caso de la ciencia histórica, pertenecen a ese campo empírico que es al mismo tiempo su objeto central de deliberación. Tal situación supone una restricción de principio: no está a su alcance dar cuenta exhaustiva del sistema observado de la misma mane-

¹⁵ Dos nuevas cuestiones sobresalen, según Luhmann, del trabajo de von Foerster. Ambas en relación con la apreciación de cómo observar lo inobservable por medio de otra observación que se dirige a las distinciones utilizadas previamente. Primero, ¿el conocimiento es sólo posible debido a que el sistema que lo produce es un sistema cerrado operativamente? Segundo, ¿hay valores propios en el ejercicio de la observación de primero y segundo orden que permita su continuidad estable? Niklas Luhmann, “¿Cómo se pueden observar estructuras latentes?”, en Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Homenaje a Heinz von Foerster*, trad. de Cristóbal Piechocki, Barcelona, Paidós, 1995, p. 69-70.

¹⁶ Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Gráfica*, Universidad Iberoamericana, México, n. 15, 2000, p. 191 y s.

ra que lo podría hacer un observador externo, por lo menos en términos ideales. Esta presuposición de un observador que puede ser descrito independientemente de la operación que lleva a cabo ha acompañado a las nociones modernas de objetividad y verdad, por lo menos desde el siglo XVII. Por tanto, tampoco forma parte de sus atribuciones —dejando de lado las presuposiciones ontológicas— normar las operaciones en su conjunto y ordenarlas secuencialmente de manera teleológica. Más bien la autorreflexión permite orientar, si por tal noción se entiende restringir, “el repertorio de aquellas operaciones que el sistema puede ejecutar”, antes que establecer todas las condiciones que conducen hacia los “estados finales” del sistema.¹⁷ Si se habla de control y orientación entonces la competencia de la investigación de la investigación (epistemología) se conjuga en un tipo de conducción recursiva modulada autorreflexivamente.

Si bien la observación de primer orden es una forma que reduce complejidad —expresa una *distinción* y una *indicación* orientando el conjunto operativo hacia lo que se deriva de la segunda instancia— la observación que observa esta operación implica ya otra distinción. Pero este enlace es signo de un entramado recurrente de otros enlaces al punto de introducir con cada observación enlazada mayor complejidad. Este aumento es un efecto deducido desde el procesamiento de observaciones recurrentes que permiten, por su propia reiteración, establecer la unidad del sistema. Su dinámica operativa necesita, por tanto, de mayores niveles de recursividad al no haber criterios finales de certeza o correspondencia con lo real en los resultados aportados, lo que se infiere ya en la propia noción de autorreflexividad.¹⁸

¹⁷ “La orientación no es otra cosa que restricción de las capacidades de conexión internas por medio de operaciones expresamente diferenciadas para ello, susceptibles ellas mismas de una conexión.” Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 241.

¹⁸ “El punto decisivo de la *observación de segundo orden* consiste, entonces, en que es una observación de primer orden especializada en la ganancia de complejidad. Este aumento de complejidad se efectúa en la medida en que se renuncia a la confirmación última de validez y de las seguridades ontológicas, y en la medida en que ya no se puede apelar a las formas esenciales de los contenidos del mundo.” Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas*, p. 169.

La condición histórica del saber moderno: lo no sabido

Entonces, si la epistemología como autorreflexión es una forma sistemática de producir observaciones de segundo orden, el problema central que se presenta — como ya se ha señalado — consiste en cómo observar lo inobservable: el punto ciego o latente que permite todo ejercicio historiográfico o científico. Es en esta problemática donde De Certeau sigue de cerca los estudios llevados a cabo por Michel Foucault, ejercicio que ha dado pie a varios escritos reunidos en su libro *Historia y psicoanálisis*.¹⁹ En términos generales, la tesis resalta por De Certeau en su lectura de *Las palabras y las cosas* puede ser formulada de la siguiente manera: en toda configuración de saber el conjunto de las “positividades” que se abren para el conocimiento están permitidas por un *suelo arqueológico* que viene a ser su impen-sado, *un no sabido*.²⁰ Eso que permite los ejercicios de saber moderno, incluso anclados en la noción hombre (sujeto que conoce y se conoce), no es susceptible de clarificación con los mismos instrumentos con los que esos saberes se dotan de potencial cognitivo.

Los criterios que posibilitan pensar el orden — condición para los saberes modernos sobre la vida, el trabajo y el lenguaje — están por debajo de la razón que los sustenta, por eso se muestran sólo como su alteridad. Si la modernidad instaure diversos “campos epistemológicos”, su condición de posibilidad no le es accesible desde ellos mismos, desde sus propias positividades ni de sus capacidades analíticas. Sin embargo, no cesa de reencontrar sus huellas desplazadas

¹⁹ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, 2a. ed., trad. de Alfonso Mendiola, México, Universidad Iberoamericana, 2003.

²⁰ “No se tratará de conocimientos descritos en su progreso hacia una objetividad en la que, al fin, puede reconocerse nuestra ciencia actual; lo que se intentará sacar a la luz es el campo epistemológico, la *episteme* en la que los conocimientos, considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad; en este texto lo que debe aparecer son, dentro del espacio del saber, las configuraciones que han dado lugar a las diversas formas de conocimiento empírico. Más que una historia, en el sentido tradicional de la palabra, se trata de una ‘arqueología’.” Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24a. ed., trad. de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996, p. 7.

y manifestadas como lapsus: esta disposición epistémica viene a ser lo *latente* para esas formas de racionalidad modernas. La expresión anterior muestra la gran importancia que tiene el psicoanálisis para abordar también, desde otro ángulo, la misma problemática. Ese elemento latente —el punto ciego de la observación— es “una falla interna”: “el significante de un significado imposible de enunciar”.²¹

El *modo de ser del orden* revela, en la esfera más general de la cultura, una lógica gobernada por la diferencia, donde esa lógica no es accesible a una descripción pormenorizada ni mucho menos a un desvelamiento total por medio de la *razón analítica*. La problemática anterior acarrea dos grandes consecuencias. Primero, ya la propia observación que se produce en las “superficies” desplegadas del orden en cuanto a los seres vivos, en la labor sin término de los seres humanos para garantizar su reproducción material, o en ese espacio donde se despliega su ilimitada capacidad expresiva, introduce incesantemente distinciones que determinan los propios productos cognitivos como sistemas operantes —las ciencias humanas, en la perspectiva de Foucault—. Por tanto, pueden establecerse diferentes plataformas históricas de observación, es decir, diversos modos de hacer distinciones, de considerar o evaluar, incluso si se quiere, de juzgar. Ateniéndose a uno de los lados de la distinción involucrada, se coloca la otra instancia como lo implícito o lo latente en la operación que lleva a cabo bajo la consideración de que sin ella no sería posible como tal, es decir, como observación.

Se puede decir que este *observador del mundo* y que lo instituye al observarlo a partir de distinciones, no tiene acceso a la unidad de la diferencia de la cual parte. Lo que conduce a la segunda consecuencia. El procedimiento arqueológico que introduce Foucault es, en opinión de Michel de Certeau, un ejercicio autorreflexivo que busca observar lo inobservable introduciendo para ello más distinciones,

²¹ De Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 77. La importancia para De Certeau de *Las palabras y las cosas* ha sido resaltada por Alfonso Mendiola. La interpretación presentada arriba debe mucho a los señalamientos que realizó en torno a esa “condición de posibilidad” para los ordenamientos de saber modernos, esto es, como una forma de acceso al punto ciego de toda observación: la observación de la observación. Cfr. Alfonso Mendiola, “El conflicto o la unión en la diferencia: institución, creencia y herejía en Michel de Certeau”, *Historia y Gráfica*, Universidad Iberoamericana, México, n. 30, 2008, p. 43 y s.

por lo que está en condiciones de acceder a la unidad de la diferencia utilizada. Esto coincide con la *epistemología de la epistemología* si consideramos que su aspiración es la de poder observar la unidad de la distinción utilizada por medio de otra observación, pero donde esa observación segunda también moviliza distinciones sin llegar a ver su propia unidad, es decir, su propio punto ciego.²² Estos modos de lo observable no pueden alcanzar otro rango que no sea el de productos provisionales.²³

Esa cualidad es —para todo efecto práctico que es lo que aquí interesa— la característica más llamativa de la operación científica en general e involucra el hecho de que todos los resultados aportados son propiamente efectos inducidos a partir de la aplicación de modelos. Su naturaleza contingente está definida por las distinciones que, en el inicio del proceso de observación, predeterminan el conjunto de elementos que se siguen de él, incluyendo las operaciones sucesivas en términos de continuación recursiva. Pero nada garantiza la validez de la distinción utilizada frente a otras posibles, por lo que la contingencia de la operación científica está en relación directa con el carácter siempre relativo, es decir, históricamente variable. Esta situación determina todos los elementos organizacionales que se delimitan a partir de uno de los polos de la distinción. Ese punto ciego de toda observación (lo latente), incluida la de segundo orden, es inobservable y por eso se encuentra más allá de una justificación racional en sentido lógico.²⁴ De esta paradoja —una

²² Cfr. Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas*, p. 167 y s.

²³ “Lo heterogéneo es a la vez lo estimulante y lo inadmisibile. Es la herida de un racionalismo. Hay por tanto dos niveles en el desarrollo del problema: por una parte la comprensión de un *sistema* que es *diferente*; por otra, la exigencia de una colocación recíproca de sistemas concebidos como ‘modos de ser diferentes del orden’. Lo marginal nos envía a una estructura esencial, o a un ‘esquema’ sobre el cual se inscriben y coordinan analogías u oposiciones para nosotros impensables.” De Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 82.

²⁴ “El teorema de Gödel ha demostrado los límites de la demostración lógica en el seno de sistemas formalizados complejos; éstos comportan al menos una proposición que es indecible, lo que hace que el conjunto del sistema sea indecible. Lo que es interesante en esta idea es que se la pueda generalizar: todo sistema conceptual suficientemente rico incluye necesariamente cuestiones a las que no puede responder desde sí mismo, pero a las que sólo se puede responder refiriéndose al exterior de ese sistema.”

racionalidad sostenida por su contrario — tampoco puede desembarazarse el conocimiento histórico.

Así entendida, la observación de una observación — la epistemología de la epistemología — viene a ser el prototipo por excelencia de la autorreflexión, es decir, esa capacidad reivindicada incessantemente por De Certeau de cuestionar el propio hacer y decir en el ámbito de una operación siempre localizada en algún punto del sistema y ligada necesariamente a un tiempo de ejecución. Por supuesto, la lectura que De Certeau llevó a cabo de Foucault no se queda en este punto tan importante y que tuvo consecuencias de gran relevancia para su propia obra. Es posible decir que la recuperación que llevó a cabo de esa problemática *arqueológica* actúa como marco general de referencia, que por otros caminos ya De Certeau había identificado y desarrollado. Me refiero a un apartado de su famoso estudio dedicado a la operación historiográfica.²⁵

Es ahí donde nuestro autor desarrolló una visión muy aguda respecto al estatuto metódico de la ciencia histórica, concordante además con el papel central que para él tenía la diferencia como lógica desplegada. Es en la esfera de la aplicación metodológica o de modelos donde se plasma con mayor claridad la impronta de un trabajo que no cesa de construir diferencias a partir de otras diferencias, todo en el sentido de un trabajo *crítico*. Es necesario precisar que la noción de modelo en su perspectiva supone la conjunción de un momento teórico con una aplicación práctica en términos de investigación empírica. El primer aspecto, el teórico, incluye conjuntos conceptuales pero ligados a una expansión discursiva; éstas son propiamente las teorías formuladas desde diversos campos del conocimiento social. En tanto este nivel implica competencia discursiva, puede hablarse de campos semánticos que permiten dicha conjunción teórica y práctica.

Pero esta postura puede ser ampliada a una visión más abarcante del proceso operativo mismo: existe interdependencia sistemáti-

Edgar Morin, “La epistemología de la complejidad”, *Gazeta de Antropología*, n. 20, 2004, p. 8-9. Disponible en http://www.ugr.es/~pwlac/G20_02Edgar_Morin.pdf (fecha de consulta: 20 de diciembre de 2013).

²⁵ Ese apartado se titula “Hacer resaltar las diferencias: las desviaciones del modelo”, en De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 90 y s.

camente establecida entre proceso metódico y marco general de referencia. Este último elemento expresa el condicionamiento teórico de toda investigación empírica. Pero lo que es necesario incluir ya como factor teórico central radica en la cualidad autorreflexiva ya mencionada. En otras palabras, no puede haber investigación ni aplicación metódica sin teorías autorreferenciales.²⁶ Esta situación alcanza al propio estatuto del documento histórico, pues este *corpus textual* estriba en un producto concertado y guiado por el conjunto de decisiones previas adoptadas. La masa de documentos históricos es generada y cargada de significación particular para la investigación sólo porque ha sido transformada previamente en cuerpo textual. Al ser articulados a un espacio particular adquieren una competencia discursiva diferente — la propia de la disciplina histórica — por lo que esas escrituras pueden ser sometidas a una variedad de tratamientos.

Éstos van desde la especificación de criterios de elección, la utilización de procesos materiales o de orden técnico orientados de modo tal que tienden a producir otras conformaciones (series, curvas, estadísticas, ciclos), pasando por la reprogramación generada a partir de una serie de valores discretos impuestos (correlaciones, cuantificaciones o modalidades cualitativas), hasta su encuadre analítico en una diversidad de sistemas conceptuales que dan pie a la especificación de relaciones (funcionales, causales, de analogía). Esta dimensión teórica que preside la lógica operativa es expresada de la siguiente manera por De Certeau:

Su práctica consiste en construir modelos impuestos por decisiones, en “reemplazar el estudio del fenómeno concreto por el de un objeto

²⁶ “Esto acerca a la conclusión (y muchos la han extraído) de que el historiador debe permanecer en su tarea, siendo tal tarea la investigación empírica y que sólo de ella debería obtener sus fundamentos. En contra de este punto de vista, sin embargo, hablan dos cosas: por un lado, el hecho de que la autorreflexión, que va más allá del desempeño de la investigación empírica, es una necesidad de la ciencia, [...] y por el otro, el hecho de que no puede haber cambios capaces de producir progreso en una ciencia que no hayan sido acompañados y coproducidos por una autorreflexión crítica de la ciencia en cuestión.” Jörn Rüsen, “Origen y tarea de la teoría de la historia”, en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, trad. de Kermit McPherson, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000, p. 38.

constituido por su definición” en juzgar el valor científico de dicho objeto según el “campo de preguntas” a las cuales puede responder y según las respuestas que proporciona, y en “fijar los límites de la significabilidad de dicho modelo”.²⁷

Es por eso que la historia se ha convertido en un conjunto de “laboratorios de experimentación epistemológica”²⁸ donde lo que se pone a prueba es el valor del modelo en su doble aspecto, teórico y práctico. Teórico en el sentido de poder producir campos delimitados de estudio —fenómenos concretos, en la expresión de Michel de Certeau—, en deducir problemas pertinentes y articular interrogaciones ajustadas a dicho campo, además de calibrar las respuestas que puede aportar. Práctico en tanto abre la posibilidad de mensurar “los límites de significabilidad”, no del campo, de las preguntas o las respuestas aportadas, sino del propio modelo como conjunto interrelacionado. De nueva cuenta nos encontramos con lo que ya había mencionado De Certeau respecto al Seminario y al trabajo de investigación. Los cortes teóricos facultan la constitución de campos de observación a partir de distinciones. De tal manera que lo teórico es funcional cuando puede establecer distinciones y utilizarlas consecuentemente, esto es, cuando está en condiciones de explotar las operaciones que se permiten en términos de formalización y sus conexiones subsecuentes.

Posteriormente es necesario introducir un trabajo crítico de *desviación* si por tal se entiende la especificación de nuevas preguntas que ponen en entredicho esas limitaciones formales, esos cortes. De los cortes se pasa a las desviaciones: este proceso no reconoce el juego de las vecindades y sus coherencias como elemento central, sino la posibilidad de las “transgresiones lógicas”.²⁹ El trabajo científico, en

²⁷ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 89. Destaco en este punto que Niklas Luhmann desarrolló una visión más que cercana de la problemática de la operación científica. La noción que utiliza en sus posturas epistemológicas es la de “programa” como instancia que permite establecer sin equívocos los valores científicos codificados. Los programas están compuestos de teorías (enunciados y conceptos “predicativos”) y los métodos como formas de resolver el problema específico de atribución de verdad o no verdad. Cfr. Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 291 y s.

²⁸ *Ibidem*, p. 97.

²⁹ Morin, “La epistemología de la complejidad, p. 9.

historia como en cualquier otra ciencia, interviene en confrontación con los límites impuestos, todo con el fin de poder observar el otro lado de la distinción. Incluso para acceder, en un punto particular de la ejecución de dicha lógica autorregulativa, a la unidad misma de la distinción utilizada, aunque ésta sólo sea una situación temporalmente estabilizada. En suma, los laboratorios de experimentación epistemológica — esas instancias que ponen a prueba los modelos — se conforman como los núcleos teórico-metódicos de la investigación histórica.

La diferenciación metódica de la historia

Lo que destaca De Certeau es que esos modelos son trasladados al campo de la investigación histórica desde otras disciplinas, mientras que su aplicación al terreno de la investigación histórica se ciñe al tipo de un ejercicio crítico de *control* y *falsación* de gran importancia para las propias ciencias o disciplinas científicas que los originaron.³⁰ Me interesa mostrar algunas implicaciones que se pueden desprender de la apreciación anterior. La diversificación de modalidades de investigación histórica y las distinciones con que cada una de ellas opera se incrementan constantemente gracias a sus aportes como resultado de la investigación. Esto parece expresar la exigencia de reproducción autorreferencial por la vía de una ampliación continua de su base disciplinaria. Esos dos aspectos son tratados por De Certeau en el sentido de una complementación: por una parte respecto del empleo “sistemático de modelos” —que ya son formas de diferenciación y que suponen variación en cuanto a las asimetrías utilizadas— con aquella capacidad para identificar sus límites de aplicación, y “transformar dichos límites en problemas que puedan tratarse técnicamente”, por otro.³¹ Hay reproducción autorreferencial de las

³⁰ “La historia se convierte en un lugar de ‘control’, donde se ejercita una función de falsificación’. Allí puede caerse en la cuenta de hasta dónde llegan los límites de significabilidad relativos a ‘modelos’ que son ‘ensayados’ uno por uno por la historia en campos ajenos a los de su propia elaboración.” De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 94.

³¹ “Estos dos aspectos están, por lo demás, coordinados entre sí, puesto que si la diferencia se manifiesta gracias a la extensión rigurosa de los modelos construidos se

diversas formas de investigación histórica cuando esas mismas modalidades de trabajo producen más diferenciaciones y distinciones a partir de diferenciaciones y distinciones previas.

Las primeras, las diferenciaciones, se despliegan bajo un formato sincrónico: segmentos, sistemas de inteligibilidad o formas de racionalidad específicas. Se coordinan bajo la relación de transversalidad de manera tal que las diferencias entre ciencia económica, sociología, psicología social y antropología son tramitadas al interior del saber histórico también como procesos segmentados: historia económica, historia social, historia de las mentalidades, historia cultural, etcétera. Las segundas, las distinciones de base utilizadas dentro de cada segmento, se despliegan en la investigación histórica bajo criterios diacrónicos gracias a una distinción basal de otro tipo pero característicamente histórica: la distinción pasado/futuro.³² Si bien la operación de todo sistema supone la necesidad de introducir estructuras de temporalidad como estas y que expresan los sucesivos estados internos del sistema bajo la diferencia entre pasado y futuro, la historia se singulariza por introducir, en cada distinción proveniente de las disciplinas con las que se relaciona, un índice de temporalización por medio de la distinción aludida.

En este caso, se trata de un proceso de *reentrada* de las distinciones operantes en la investigación social, es decir, que han sido sometidas ya a un proceso de reentrada en el interior de esas disciplinas.³³ Pero

vuelve *significativa* gracias a la relación que mantiene con ellos debido a una desviación —y precisamente, esta desviación nos permite volver sobre los modelos para corregirlos—. Se podría decir que la formalización de la investigación tiene precisamente como objetivo la producción de ‘errores’ —insuficiencias, carencias— que pueden utilizarse científicamente.” De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 91.

³² Cfr. Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, trad. de Silvia Pappe y Brunhilde Erker, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Alianza, 1991, p. 97 y s.

³³ El concepto de *re-entrada* (*re-entry*), elaborado por Spencer Brown en el marco de su trabajo sobre el cálculo de las formas, intenta describir una capacidad específica de los sistemas autorreferenciales y autopoieticos como la ciencia. Ese rasgo consiste en que su operación se gesta alrededor de una distinción específica, distinción que es constantemente reintroducida en su interior como forma de autoobservación, esto es, de autorreflexión. Esta capacidad, al consolidarse, le permite al sistema designar su propia unidad, siempre en relación con un entorno. Véase al respecto Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 65 y s.

además supone, en cuanto al nivel autorreflexivo requerido, la instauración de ese proceso de circularidad que debe ahora reproducirse como investigación histórica. En otras palabras, el desarrollo metodológico en la investigación histórica se dirige a falsear el modelo utilizado en su conjunto, expandiendo la consideración que al respecto ha señalado la propia filosofía de la ciencia. Se trata de un ejercicio de ampliación de las importantes aportaciones que Popper realizó sobre dicho proceso, idealmente dirigido a explicar el modo por el cual los enunciados condicionales de las hipótesis debían someterse a la prueba de la falsación uno por uno y de manera total. Frente a esta cualidad de la falsación, el procedimiento metodológico en historia conjunta en esta fase al modelo como tal (teorías y procesos de aplicación). Es así como la investigación en historia puede ser considerada un proceso de falsación de modelos sociales, de sus sistemas conceptuales y de los campos semánticos asociados a ellos.

De Certeau se refiere a esta peculiaridad cuando señala que la función de la investigación histórica consiste en hacer resaltar las desviaciones al modelo, singularizar sus límites y hacerlos evidentes, todo con el fin de reutilizar esos “errores” como forma de corrección histórica, en este caso, de los propios modelos. Esta forma de proceder se manifiesta como un verdadero “cambio de frente” en el ámbito de la investigación. Más que iniciar con los datos referidos a la singularidad de los acontecimientos para acceder, inductivamente desde este nivel básico, a generalizaciones bajo la forma de coherencias justificadas formalmente, ahora se invierten los términos involucrados. La investigación no puede más que iniciar con coherencias o “unidades” instituidas *a priori*, buscando establecer declinaciones entre las “combinaciones lógicas de series”. Ello supone altos grados de abstracción de origen, pues es de esta manera como se puede tratar la masa de informaciones disponibles por medio también de decisiones y programaciones previas. De una “formalización” de inicio se pasa a la singularidad de las *rarezas* identificadas como “fenómenos de frontera”.³⁴

³⁴ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 92-93. En esta última página afirmó: “El interés científico de estos trabajos consiste en la relación que mantienen con totalidades impuestas o supuestas — ‘una coherencia en el espacio’, ‘una permanencia en el tiempo’ —

Esto supone una transformación en la dimensión misma de lo singularizable. En el siglo XX la historia fue inscrita en el campo de aquellas ciencias que se caracterizaban por tratar lo particular —los hechos únicos e irrepetibles en la perspectiva historicista— mientras su método y la intermediación documental recuperaban dicha cualidad gracias a la naturaleza inductiva de los procedimientos que ponían en juego. Ya en su parte final, los recursos a los que se acudía eran formalmente interpretativos o aptos para la comprensión hermenéutica, lo que sentaba su singularidad frente a las ciencias naturales. Ahora, ese cambio de frente desplaza el acontecimiento o lo particular hacia el final de una cadena productiva. Es así como los modelos y sus condiciones teóricas asociadas disponen las condiciones a partir de las cuales circunscribir aquello que puede ser determinado como singularidad. Lo que alcanza denominación de particularidad es un producto de operaciones regulares que tienden a sistematizar universalidades acotadas.³⁵ Esto es, si no hay un sistema observador clausurado, en el sentido de la doble clausura que maneja el constructivismo operativo, no es posible observar hechos particulares o acontecimientos diferenciados de otros acontecimientos.

Es lo mismo que decir que, cuando se identifica una singularidad o una particularidad, esto se vuelve significativo —en la apreciación de Michel de Certeau— sólo desde un fondo y horizonte más general. Hay acontecimientos singularizados porque se pueden apreciar las diferencias que las determinan desde ciertas plataformas observadoras, que incluyen por fuerza la observación de la unidad de las distinciones operadas (observaciones de segundo orden). De modo que el acontecimiento, más que mostrar una unidad simple que puede inscribirse progresivamente en conjunto con otras unidades para formar una estructura más compleja —la lógica *del todo y las partes*— expresa una relación, es decir, una diferencia. “El hecho es la diferencia”,

y en los correctivos que pueden aportar [...]. La investigación utiliza objetos que tienen la forma de su práctica: ellos les proporcionan el medio de *hacer resaltar las diferencias* relativas a las continuidades o a las unidades de donde parte el análisis”.

³⁵ Para Morin, esas singularidades son determinaciones generadas por el empleo de leyes de interacción. Esto cambia la relación habitual entre lo universal (expresado en leyes) y lo particular o singular, al punto de que lo universal puede llegar a ser una singularidad entre otras. Morin, “La epistemología de la complejidad”, p. 3.

afirmación realizada por De Certeau, pero lo es en cuanto “designa una relación” o una serie, así como sus “combinaciones” y sus múltiples posibilidades de *cruzamiento*: el hecho no es una unidad o una suerte de sustancia percible de forma *naturalizada*.³⁶

Las observaciones recurrentes, enmarcadas en procesos continuos que crean valores propios, están en condiciones de signar el acontecimiento como una diferencia apreciable en un conjunto sistemáticamente organizado de interrelaciones. Más aún, éste es efecto de la capacidad del sistema para organizar las diferencias que produce, jerarquizarlas y crear otras estructuras menos evanescentes. Si hay hechos singulares es porque son producto de un rejuego concertado de múltiples interrelaciones, pero su cualidad temporal es la falta de duración o su débil estabilidad. Ahora bien, en cuanto a los errores identificables —esas desviaciones ya aludidas— la orientación manifestada por De Certeau no deja de ser concurrente en sus resultados e implicaciones con las nuevas prescripciones respecto a lo qué es el trabajo científico desde una postura sistémica. De tal suerte que ahora es ya común considerar que las ciencias producen estructuras que se enfrentan directamente con la frustración de las expectativas formuladas con anterioridad por ella misma.

Las expectativas son estructuras que logran condensarse y que por lo tanto tienen cierta duración, condición que resalta frente a la ocurrencia del acontecimiento pues éste tiende a desaparecer en cuanto se exterioriza en el orden de un esquema. Dichas estructuras suponen un trabajo especializado que consiste, según lo dicho anteriormente, en tramitar como variación lo que se esfuerza constantemente en encontrar como desengaño; esto último se refiere a ese conjunto de probabilidades que ella designa como campo de pronósticos significativos. Los elementos condicionales de las expectativas

³⁶ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 97. En este mismo texto, página 99, escribió lo siguiente: “Si es verdad que lo particular especifica a la vez la atención y la investigación, esto no lo hace como un objeto pensado, sino al contrario, porque es el *límite de lo pensable*. Lo único pensado es lo universal [...]. Si la ‘comprensión’ histórica no se encierra en la tautología de la leyenda o no huye hacia la ideología, tiene como primera característica no el convertir en pensable las series de datos trillados (aunque allí esté la ‘base’), sino el *nunca renunciar a la relación que las ‘regularidades’ mantienen con las ‘particularidades’ que se les escapan*”.

en el campo científico se preparan para poder “afrontar decepciones” en un entorno altamente contingente, es decir, suscrito a múltiples posibilidades de decepción. Es por este camino que la ciencia continuamente introduce ajustes, es decir, modificaciones en sus propias expectativas, con el fin de tratar de asegurar la continuidad de su operación por medio de variaciones susceptibles de ser gestionadas en su interior.³⁷

La noción de *falsación* expresa, por tanto, la orientación central que tienen los procedimientos metodológicos, a saber, enfrentarse a altos estándares de improbabilidad para poder continuar constantemente con sus ejecuciones en un ambiente especializado. En opinión de Michel de Certeau, la historia no busca ya más un sentido global y unitario, sino el conjunto de “excepciones” susceptibles de ser localizadas cuando utiliza modelos en contraste continuo con corpus documentales. “El trabajo consiste en *producir algo negativo que sea significativo*. Se ha especializado en la fabricación de *diferencias significativas* que permiten ‘imponer’ un rigor más grande en las programaciones, y explorarlas más sistemáticamente.”³⁸ Si consideramos todavía la imagen habitual de la ciencia, incluso para posturas como las enarboladas por el empirismo lógico, la historia no podría ser ciencia si no siguiera el camino trazado por su fundamentación filosófica convencional. Entonces, como la ciencia debe comprobar sus enunciados condicionales (hipótesis) bajo procedimientos estrictos en sentido lógico, así la historia se quedaría en un trabajo fútil de

³⁷ Luhmann, *Sistemas sociales*, p. 272 y s. En otro de sus trabajos, ya citado aquí, señaló al respecto: “Las estructuras que permiten de esta manera que surja comunicación de comunicación tienen que contener proyecciones temporales. Deben consistir de *expectativas* (si se nos permite el uso despsicologizado del término) que reducen las posibilidades de variación de otras comunicaciones. Las expectativas producen, precisamente porque tienen que estar preparadas para afrontar decepciones, una continuidad suficiente de mundo [...]. No es necesario saber cómo es el mundo realmente. Sólo se tiene que disponer de posibilidades de registrar y recordar (aunque en forma selectiva y olvidadiza) las experiencias propias. Entonces la comunicación puede trabajar con suposiciones fijables mediante el lenguaje, calibradas para posibles decepciones, y que pueden ser utilizadas como algo familiarizado porque se sabe o, en caso dado, se puede determinar rápidamente cómo iniciar las reparaciones y cómo seguir comunicando en forma comprensible”. Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 102-103.

³⁸ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 99.

formular redundancias a partir de expectativas fuertes que son, para todos los efectos reflexivos, estructuras de redundancia.

Por supuesto que existen estructuras de redundancia sin las cuales la operación historiográfica sería imposible y que actúan bajo los dictados de una memoria de la propia operación. Pero ello no inhibe, sino que incluso lo exige como precepto crucial, la posibilidad de identificar formas de variación que son, siguiendo a De Certeau, *significativas*, no así las redundancias. La expresión *diferencias significativas* quiere decir formas estructuradas por el sistema operativo para identificar y utilizar aquellos enlaces que le permitan continuar su recursividad. La investigación histórica sólo puede producir más investigación histórica — generar diferencias a partir de diferencias — siempre y cuando esté capacitada para continuar falseando modelos sociales. Es otra forma de decir que la historia es una ciencia especializada en trabajar con contingencias, puesto que un mundo social como el actual, configurado en todos sus ámbitos por situaciones de gran complejidad, el riesgo se convierte en *indeterminación radical*.

El problema de la complejidad y la funcionalidad del saber histórico

Ya en los estudios realizados por Max Weber sobre el carácter de la sociedad moderna se introduce la suposición de que dicho sistema no puede más que reproducirse incrementando sus tasas internas de complejidad.³⁹ Lo que se hará evidente más tarde es que el sistema social, alcanzando niveles de una organización funcionalmente diferenciada, gestiona esos altos grados de complejidad y de indeterminación (contingencia) de dos maneras. En un caso, especializa áreas en el tratamiento de sectores o regiones, siendo estos sectores

³⁹ La complejidad social incrementada se entiende en Weber como aumento tendencial de diferenciación social interna. Esta apreciación se encuentra en sus trabajos sobre el *desencantamiento de mundo* en el ámbito de las propias imágenes religiosas, incluida la ética protestante. Pero también en la comprensión de la modernidad como proceso de racionalización. Véase la sugerente lectura realizada por Habermas en Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, 1. *Racionalidad de la acción y racionalización social*, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo, México, Taurus, 2002, p. 213 y s.

producto de un proceso evolutivo que hace emerger sistemas sociales diversificados.⁴⁰ En otro, transforma la indeterminación y la improbabilidad resultante en expectativas enfrentadas a las probables decepciones que, a su vez, pueden dar cabida a una variación controlada de sus estructuras. La historia es un saber ligado a esa diversificación y a la indeterminación correlativa bajo una particular forma de afrontar decepciones que, siguiendo el razonamiento anterior, es funcional para la propia sociedad. Esta funcionalidad de la historia la entiende De Certeau como ejercicio crítico en relación con el uso de modelos.

Al historizar dichos modelos, cosa que no sucede necesariamente en sus disciplinas de origen, la historia pone en juego una determinación sobre los modelos de racionalidad que los sostienen conjugada con un ejercicio de temporalización. Es decir, muestra la contingencia que los permite, proyectándolos en un espacio temporal específico. Se trata de una crítica histórica dado que obliga a tomar en cuenta los límites de esos modelos de racionalidad y, por tanto, la imposibilidad de universalizarlos. Un doble efecto se presenta con esta crítica histórica y es puesto de relieve por De Certeau. Primero, una historización del presente del sistema social, cuestión que no puede desligarse del proceso inaugurado por la cultura moderna, esto es, la diferenciación como criterio interno del sistema. El proceso consiste en *historizar lo actual*, según la apreciación de Michel de Certeau. Segundo, el pasado muestra su valor para ese presente en el sentido de simbolizar “lo que hace falta” en él.⁴¹ En otras palabras, expone la pertinencia de la distinción *pasado/futuro* para el ejercicio de autorreflexión del sistema social.

Aun cuando la sociedad recurre a formas elaboradas de autorreflexión, y en este rubro debe incluirse a las ciencias sociales, no puede alcanzar una descripción unitaria de sí misma. Lo que lo impide es el propio proceso de diferenciación interna dado que la complejidad resultante escapa a toda descripción teórica que pueda dar cuenta del

⁴⁰ Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, edición y trad. de Josetxo Beriain y José María García Blanco, Madrid, Trotta, 1998. Véase en particular el capítulo 4, titulado “La diferenciación de la sociedad”, p. 71-98.

⁴¹ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 100.

conjunto de los elementos actuantes en su propia autopoiesis. Esta situación implica la necesidad de selección. Es imposible calcular el número de relaciones posibles entre los elementos actuantes en el sistema dado que no sólo han aumentado en cantidad y en grados imposibles de determinar, sino que las relaciones que pueden establecerse entre ellos no se realizan de manera exhaustiva y no se producen de forma simultánea. De ahí que sea la selección el criterio operativo central para un sistema que alcanza esos niveles de complejidad.⁴² Lo anterior puede relacionarse con la propia diversificación entre las ciencias sociales pues expresan precisamente el proceso de diferenciación social: los grados de su espacialización reproducen los niveles diferenciados necesarios para afrontar esa complejidad.

Lo que resulta es de nuevo una paradoja: la complejidad, entendida como proceso agudo de disociación interna (subsistemas sociales), puede ser reflexionada por instancias igualmente diferenciadas, pero siempre ligadas a esferas particulares. No es ya posible desde una situación social como la nuestra describir el proceso con una sola teoría ni acceder a un conocimiento universal o sintético de esa misma situación social compleja. Las ciencias sociales contribuyen con una autocomprensión del sistema social a partir de generar observaciones de segundo orden sobre los órdenes diferenciados mismos. En tal sentido, las investigaciones sociales dan cuenta de la diferenciación evolutiva que ha alcanzado el propio sistema social. De tal forma que las observaciones construidas por estas ciencias se convierten en autoobservaciones del propio sistema social para nutrir sus procesos de autorreflexión. Las ciencias sociales son funcionales para el sistema porque tematizan la complejidad evolutiva del propio sistema. Sus propios campos de estudio o empíricos se constituyen en relación directa con el proceso de diversificación social,

⁴² “Podemos encontrar fórmulas matemáticas que calculen el número de relaciones posibles, pero toda operación del sistema que establece una relación tiene que elegir una entre muchas —la complejidad impone la selección—. Un sistema complejo surge sólo por selección. Esta necesidad de selección *cualifica* los elementos, es decir, da cualidad a la pura cantidad. La cualidad, en este caso, no es otra cosa que la capacidad selectiva limitada; es la neguentropía comparada con la entropía —que significa que todas las relaciones lógicamente posibles tienen un oportunidad igual de realizarse.” Luhmann, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, p. 26.

por lo que los resultados, entendidos como autoobservaciones, aportan elementos para la reproducción de los sistemas sociales y de sus índices de diferenciación.

Tomando en cuenta lo anterior, la disciplina histórica presenta una singularidad debida a la relación que guarda con esta clase de ciencias: gracias al transporte de modelos sociales, reproduce en su lógica de investigación también una diferenciación análoga a la que se presenta entre las propias ciencias sociales y entre los subsistemas con los cuales están ligadas. Por un lado, la relación induce una homogeneización de ramas de investigación sumamente especializadas (historia económica, historia social, historia política, historia cultural, etcétera). Por otro, establece una heterogeneidad entre cada rama, la misma heterogeneidad que guardan las diferentes disciplinas sociales. A este proceso le ha denominado *segmentación* y permite la cohesión interna de cada forma de investigación histórica. De manera un tanto esquemática se pueden establecer dos aspectos en términos de funcionalidad respecto al campo de la investigación social, cosa que en De Certeau supone ejercicio crítico. Primero, este ejercicio establece los límites operativos de las propias investigaciones sociales por medio del ejercicio de falsación de sus modelos, como ya hemos visto, incrementando así el índice de variación de la ciencia social de que se trate; esto lo he denominado al inicio de este escrito *principio de limitabilidad*.

El segundo aspecto de criticidad, consecuencia del anterior, consiste en aumentar los recursos de autorreflexión de estas disciplinas al introducir una referencia al pasado del sistema social y, por tanto, de los subsistemas y de las observaciones que sobre dicha diferenciación producen las ciencias sociales. Esto acarrea la introducción de ese *principio de contingencia o de deriva* que, junto con el anterior, conforman los pilares centrales de la epistemología histórica. En este caso se trata de un necesario rasgo de historización de sus propios modelos pero también de la disciplina que lo generó, cosa que le permite observarse en el horizonte de un despliegue temporal de su racionalidad operativa.⁴³ Lo que muestran ambos aspectos es que las investigaciones

⁴³ "Cada ciencia se refiere a un movimiento histórico; explicita sus posibilidades, en un modo discursivo que le es propio; implica un 'otro' diferente de ella misma: la historia que la permitió y sigue siendo el *a priori* de toda racionalidad. Todo lenguaje

históricas se comportan, para los efectos de variación cognitiva (frustración de expectativas) y de reflexividad en la reproducción autopoietica de las disciplinas sociales, como productora de *observaciones de tercer orden* en relación con las observaciones sociales.

Al producir estas observaciones, que en todo caso se conforman como comunicaciones, la historia aporta elementos para establecer la unidad del sistema social a partir de señalar lo diferente. Las comunicaciones historiográficas designan directamente esas diferenciaciones en términos temporales, es decir, introduciendo mayores índices de contingencia sin los cuales los sistemas no pueden operar. Al establecer los límites de los modelos de racionalidad del presente faculta a esas disciplinas para historizar sus propias unidades operativas, condición requerida para la autopoiesis del sistema. Entonces, las estructuras temporales que introduce la historiografía permiten, para cada disciplina, establecer los estados presentes de su operación sistémica, lo actualmente dado y por tanto también lo posible.⁴⁴ La diferencia que resulta, es decir, el pasado, instituye un conjunto de previsiones susceptibles de ser tratadas como unidades formales actuales, mientras lo posible se juega en un horizonte de aperturas que son conceptualmente esquematizadas y planteadas hipotéticamente en los registros metodológicos de las historias.

Esas unidades formales del presente coinciden con los límites identificados de las operaciones: al comparar el estado actual con los estados anteriores de los subsistemas, se les dota de elementos de control sobre sus propias formas de operación, además de permitir orientar las transformaciones de sus estructuras por medio de una suerte de *estabilidad dinámica*.⁴⁵ La ciencia de la historia, como conglomerado operativo, exhibe su condición de sistema observador de

coherente funciona gracias a cuestiones previas que éste supone, sin fundarlas." De Certeau, "La ruptura instauradora", p. 213-214.

⁴⁴ "La diferencia fundamental entre actualidad y horizonte de posibilidades hace posible la rediferenciación de las diferencias entre las posibilidades abiertas, así como su comprensión, tipificación, esquematización y que ganen valor de información en la siguiente actualización [...]. Al principio, por tanto, no se encuentra la identidad, sino la diferencia. Sólo así es posible conferir valor de información a las casualidades y construir con ello un orden." Luhmann, *Sistemas sociales*, p. 94.

⁴⁵ Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 202.

tercer orden pues confronta directamente la inseguridad autoproducida por las investigaciones sociales con el fin de inducir su gestión y manipulación para sus propias operaciones autopoiéticas.⁴⁶ Por tanto, la historia es una ciencia especializada en el tratamiento de la inseguridad temporal que resulta de la relación entre estados futuros y decisiones presentes. Si como ha señalado De Certeau, en la operación historiográfica “las permanencias ocultas y las rupturas instauradoras se amalgaman”, esto mismo es agregado reflexivamente a las observaciones sociales. La historia aporta una visión que muestra que su funcionamiento es producto de un conjunto de “pertenencias” sociales y prácticas instauradas en el orden de lo contingente.⁴⁷

La localización efectuada da pie para el análisis reflexivo que se necesita para conducir la reproducción de las operaciones y las observaciones subsecuentes. Es en este punto crucial de la recursividad sistémica donde la historia encuentra su carácter funcional: temporalizar e introducir elementos reflexivos en las modalidades de autoobservación de la sociedad tardomoderna. Al situar el conjunto de las operaciones en aquellos ambientes sociales donde se producen, la reflexividad aportada consiste, en suma, en comunicar lo indudable o evidente en términos de lo más improbable. “Pensar como improbable la ya existente.”⁴⁸ Lo contrario sería sin duda la ruina para las formas de saber actuales, esto es, la *ficción* de haber triunfado sobre la diferencia. De tal suerte que no habría otra configuración de saber moderna donde la diferencia alcance tales dimensiones cognitivas como en la historia, al punto de convertirse en una ciencia que busca constantemente la herejía que le es inherente y los innumerables puntos de fractura que introduce en el presente.⁴⁹

⁴⁶ “La ciencia tiene que ver, ante todo, con inseguridad autoproducida. Esta inseguridad se puede aprovechar en forma siempre diferente y quizás mejor; puede ser puesta en circulación en la observación de los observadores. Pero no puede ser eliminada. Y toda ciencia se basa en ella.” *Ibidem*, p. 78.

⁴⁷ De Certeau, *La escritura de la historia*, p. 53. Del mismo autor, “La ruptura instauradora”, p. 212.

⁴⁸ Alfonso Mendiola, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?”, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, México, n. 15, 2005, p. 93-122, p. 118.

⁴⁹ “Respecto a lo pensable, reintroduce la hipótesis de una diferencia, la herejía de otras coherencias. En las organizaciones actuales, señala la fisura entre un *irreal* distinto

BIBLIOGRAFÍA

- CERTEAU, Michel de, *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, 2a. ed., trad. de Alfonso Mendiola, México, Universidad Iberoamericana, 2003, 168 p.
- , *La escritura de la historia*, 2a. ed., trad. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, 334 p.
- , *La fábula mística. Siglos XVI y XVII*, trad. de Jorge López Moctezuma, revisión técnica de Roberto Flores y Luce Giard, México, Universidad Iberoamericana, 1993, 353 p.
- , *La posesión de Loudun*, edición revisada por Luce Giard, trad. de Marcela Cinta, México, Universidad Iberoamericana, 2012, 270 p.
- , “La ruptura instauradora”, en *La debilidad del creer*, trad. de Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 191-230.
- , “¿Qué es un seminario?”, en Carmen Rico de Sotelo (coord.), *Relecturas de Michel de Certeau*, México, Universidad Católica de Uruguay/Pontificia Universidad Javeriana/Universidad Iberoamericana, 2006.
- DOSSE, François, “De Certeau: un historiador de la alteridad”, en Perla Chinchilla (coord.), *Michel de Certeau, un pensador de la diferencia*, México, Universidad Iberoamericana, 2009, p. 13-39.
- FOERSTER, Heinz von, *Observing Systems*, introducción de Francisco J. Varela, Seaside (California), Intersystems Publications, 1981, 331 p.
- , “Por una nueva epistemología”, *Metapolítica*, México, v. 2, n. 8. Disponible en <http://ecologiahumana.cl/pdf/POR%20UNA%20NUEVA%20EPISTEMOLOGIA.pdf> (fecha de consulta: 19 de diciembre de 2013).
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24a. ed., trad. de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996.

(en ese momento y, tal vez, debido a que presenta esa posibilidad como lo *real* de ayer). La escritura historiográfica crea a-topías. Abre no-sitios (ausencias) en el presente. A veces, organiza sistemáticamente puntos de huida en el orden de los pensamientos y de las prácticas contemporáneas. Se coloca, entonces, del lado del sueño. Bentham ya lo decía y el análisis freudiano nos lo enseñó aún mejor: la alteridad de lo real resurge en la *ficción*, vuelve a lo irreal de lo fantástico. Reaparece bajo la figura literaria del *fictitious*, después de haber sido eliminada por las otras prácticas productoras de ‘hechos objetivos’. ” De Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 120.

HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo, México, Taurus, 2002.

LUHMANN, Niklas, *Introducción a la teoría de sistemas: lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2009.

———, “¿Cómo se pueden observar estructuras latentes?”, en Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo. Homenaje a Heinz von Foerster*, trad. Cristóbal Piechocki, Barcelona, Paidós, 1995.

———, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, edición y traducción de Josetxo Berriain y José María García Blanco, Madrid, Trotta, 1998, 257 p.

———, *La ciencia de la sociedad*, trad. de Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1996.

———, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, trad. de Silvia Pappe y Brunhilde Erker, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Alianza, 1991.

MENDIOLA, Alfonso, “El conflicto o la unión en la diferencia: institución, creencia y herejía en Michel de Certeau”, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, México, n. 30, 2008.

———, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, México, n. 15, 2000, p. 181-208.

———, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentación y/o narrativa?”, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, México, n. 15, 2005, p. 93-122.

MORIN, Edgar, “La epistemología de la complejidad”, *Gazeta de Antropología*, n. 20, 2004, p. 8-9. Disponible en http://www.ugr.es/~pwlac/G20_02Edgar_Morin.pdf (fecha de consulta: 20 de diciembre de 2013).

RÜSEN, Jörn, “Origen y tarea de la teoría de la historia”, en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, trad. de Kermit McPherson, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000.